

F. GAMBOA.

te, y aun en ocasiones, se ensayaban rúbricas caprichosas en vírgenes é inmaculadas cuartillas de papel.

Los repórters, esa enfermedad del periodismo actual entonces no eran conocidos.

Llegaban las noticias con el barrendero, el policía del punto, un cobrador ó amigo caritativo, pudiendo, según ese orden, distribuirse el trabajo: editorial; asuntos municipales; finanzas y hechos diversos.

Nadie conocía á Isaac, ni los había ofendido, ni era capaz de hacerlo, pero en su afán de destrucción, diríase que toda la prensa estaba de acuerdo para solicitar horror y medio. Todo ese día, se oyó gritar por las calles y paseos una extraordinaria de á centavo, narrando el descubrimiento de una conspiración. Isaac en su prisión, no hacía más que solicitar un sacerdote; era su tema, su única palabra.

Cuando lo llamaron á declarar, apenas si pudo decir su nombre y su apellido. Presa de un temblor epiléptiforme, causaba compasión. Conmovido el Juez descendió de su sitial, desarrugó el ceño y le decía animándolo:

—“Cálmese usted hombre, cálmese usted, hasta ahora no hay cargos en su contra.”

Y al verse tratado, así, paternalmente, tuvo una crisis nerviosa y en medio de un torrente de lágrimas que le causaban un bienestar, le contó todo, sus antecedentes, sus deseos, sus temores, su estado, más como confidencias que como declaración,

DEL NATURAL.

con apretones de manos, miradas suplicantes y mutuas concesiones. Podía estar seguro de que haría lo posible por mejorar su suerte, por sacarlo del compromiso en que se hallaba, y aunque la justicia nunca se violenta en sus altas decisiones, ya vería de atenuarle la falta cometida, que en realidad era bien inocente. Por principio, le levantaron la incomunicación, y al recibir su comida en un canastito, recibió también prendida de un extremo de la servilleta, un recado escrito en que le comunicaba don Pancho la fausta nueva de su recién paternidad. La emoción le quitó el apetito y se puso á pensar en los pormenores del acontecimiento.

“Sería cuestión de pocos días—escribía don Pancho—he visto á una persona influyente y está muy bien dispuesta á hablar en favor de usted. Lola está sin novedad y la nenita reventando de gorda. La bautizaremos á su salida, para que disfrute usted de tan justa alegría.” Y firmaba: “Su compadre y verdadero amigo.”

—Ya lo creo que es mi verdadero amigo, ¿no lo ha de ser? Acciones como esas eran muy pocos los que las ejecutaban, contados. Y volvía á leer el papel, deteniéndose con cariñosa complacencia en las frases de “Lola sin novedad” y “la nenita reventando de gorda,” esta última sobre todo, lo llenaba de una alegría inmensa, que se desbordaba por todo su cuerpo, curándolo de lo pasado dándole fuerzas de coloso para lo porvenir.

Sentíase comunicativo y feliz.

Participó la noticia á su vecino de estera, un barbón mal encarado, que le contestó con un gruñido.

Encontró simpático á un vigilante, y por poco entona á voz en cuello, la "Mamá Carlota," para demostrar el ningún caso que hacía de aquellas cosas, á las que por tanto tiempo había profesado religioso respeto.

Imaginábase arrullando á su tierno vástago, con voz muy grave y cantares tiernísimos, propios de los ángeles, porque todos los chiquillos eran ángeles y los papás también, por extensión.

Si le hubieran permitido salir un momento, nada más que un momento, custodiado, como quisieran, iría á darle un beso en su boquita, apagado, amoroso, para no despertarla. Apostaría á que era rubia y bonita, pareciéndose á la mamá. Pobre Lola, ¿pues no se olvidaba de ella? Y sobreveníanle ráfagas poderosas de fidelidad conyugal y dicha sin horizontes.

—¡Sería serio!

En cuanto saliera de ese enredo, trabajaría hasta de albañil, para su nenita, para educarla, para que fuera buena y pura. ¿Qué nombre le pondrían? Fluctuaba entre el de Rosa, por inclinación y el de Rita por egoísmo. ¿No esta santa era la abogada de imposibles? Pues poniéndole á la nenita el nombre de ella, tal vez lo sacara pronto de la cárcel, como premio á la distinción. También los santos podían tener su vanidad. Era un coeche. Y reflexionando en sus palabras exclamó:

—¡Parezco loco, insultando á los santos!

La galera misma, en que se encontraba mezclado á individuos degradados, de fisonomías patibularias, de antecedentes negros, la encontraba llena de una luz dulcísima que amortiguaba los contornos salientes de tanta deformidad y de tanta miseria. El farolillo que débilmente alumbraba ese cuadro, se balanceaba acompasadamente, mecido por la brisa nocturna que se colaba por una ventana con gruesos barrotes de hierro, sirviendo de ventilador á semejante atmósfera. A fuerza de mirarlo, lo creyó un astro errante que por descuido había llegado á ese lugar, que no era el suyo, pero al que prestaba misterioso y poético encanto con su mortecina luz. Fijóse después en una rata enorme que á lo largo del muro se paseaba extendida la cola y como meditando en un problema científico, y le tuvo miedo. Inspiraba un terror inexplicable y profundo; deseaba que desapareciera en algún agujero ignorado, no se atrevía á dormir por temor de que se le acercara y le tocara la ropa. Pensó en imitar el maullido de un gato para alarmla, pero podían oirlo y se comprometería; haciendo un esfuerzo supremo apretó los ojos y se quedó dormido.

Pasáronse algunos días sin que le comunicaran nada notable. Su contento consistía en los recados que recibía diariamente de su casa y en los que él contestaba llenos de recomendaciones y de preguntas inútiles. Quería saberlo todo, era el padre y padre en cautiverio. Rogaba á Lola que se

cuidara mucho, muchísimo; que empezara á hablarle de él.

—“Ya sé—decía—que es imposible que hable tan pronto, pero acostumbrándole el oído se familiarizará con mi nombre.”

Tenía esperanzas de salir muy pronto, pero don Pancho debía continuar trabajando con cuantos pudiera, para lograrlo. Le consultaba cuál nombre sería más conveniente y adecuado, lo dejaría á su elección, porque no tenía cabeza para esas cosas. ¿Por qué no consultaba con el padrino? era un asunto que reclamaba perfecta unanimidad. Siempre concluía sus epístolas, escribiendo “hasta mañana,” con letras gruesas, hechas con lápiz y á la ligera.”

Una vez, sí pasó un sofocón extraordinario. Supo, casualmente, que estaba en la lista de los que iban á mandar á Ulúa por tiempo indeterminado, para que se murieran en el camino ó los matara el clima. Habló al Juez, le suplicó, hizo poderíos y al fin se quedó donde estaba, gracias á que á tiempo supo lo del viajecillo, que si no, no se hubieran vuelto á ver—decía á Lola.

Transcurrió un año y le comunicaron que iba á salir. Pensó que ya era tiempo y lo anunció á su casa. Por fin, ya no se separarían, conocería á su hijita, que preguntaba á todo el mundo por su papá, la llevaría á bautizar, trabajaría mucho, por ellas dos, que eran su delicia, su cariño. . . . el lunes siguiente salía. Y salió, causando la alegría de su pequeña familia, incluyendo á don Pancho, que se

había ganado por sus bondades, el derecho de pertenecer á ella. Hubo escenas verdaderamente tier-  
nas. Confundidos en estrecho abrazo Isaac, Lola y la nenita que no se acostumbraba á reconocer á su papá, permanecieron prolongados instantes, ocasionando abundante lloro á don Pancho y á la chiquilla; al primero por enternecimiento á la segunda por falta de aire. Estaba medio sofocada con los espasmos paternos.

Las narraciones de Isaac, espeluznaban, se sufría escuchándolas. Insensiblemente comenzaron á odiar de corazón á la República, causal de sus desgracias, y sin saber á punto fijo cuál sistema preferían, si estaban de acuerdo en su odio.

El bautizo se hacía necesario, iba la niña á tener un año. Don Pancho comenzó los preparativos sin perdonar gasto ni omitir sacrificio, y sin pompa, ruido, ni anuncios, un domingo en la mañana, en el templo del barrio, recibió las aguas bautismales en los brazos de su padrino, la pequeñuela, que ya crecida parecía agradecer con su mirada dulce, la excesiva delicadeza con que el anciano párroco vertía en su cabeza el agua que para siempre borraría la mancha del pecado original. Aparte de un ligero estremecimiento que le produjo la frialdad del evangélico líquido al resbalar caprichosamente entre los rizos de su cabello rubio, se condujo como una persona grande que valoriza la solemnidad de un acto. Diríase que quería aumentar con su seriedad la del católico suceso. Solo gritó un poco al no-

tar que la blanca sobrepelliz, se enroscaba como víbora en los brazos del cura.

Don Pancho repartió las monedas de rigor, y ya de vuelta á la casa, dió á sus compadres unas tarjetas impresas en recuerdo del acontecimiento. Sobre los nombres apropiados á la criatura, brillaba en cada una de las tarjetas, una moneda de á diez pesos en oro; y en la mesa, una colección abundante de trajecitos exteriores é interiores cubiertos con este letrero: "Para mi ahijada," que desde ese día se llamó Rosa María de los Dolores Cortijo y Martínez.

Jamás perdonó Isaac á la pobre Santa Rita, la indiferencia manifestó cuando la prisión, y se opuso, en vergüenza, á usar en su descendencia del nombre de una abogada tan olvidadiza.

### III.

Todas las sospechas acerca del origen de la repentina enfermedad, caían sobre los dos peces blancos sacrificados el día del bautismo, en el almuerzo que siguió á la ceremonia religiosa, única aceptada por Isaac. Opúsose con energía á hacer la presentación de ley de su primer vástago ante el Registro Civil, á consecuencia de no haberse extinguido aún el rencor ocasionado por su largo encierro. Don Pancho perdió su tiempo insistiendo sobre las incalculables ventajas que trae consigo el Registro Civil. Isaac obstinado, no escuchó consejos ni atendió á razones. Manifestó una energía de la que no

se le hubiera creído capaz. Su último argumento era siempre una negación.

"Cuando esto cambie—decía refiriéndose al Gobierno—lo pensaré, pero por ahora, no."

No abandonaban á don Pancho ni un momento, sobre todo en los primeros días de la dolencia que no asomaba francamente la nariz, por más rícepes que ordenaba el facultativo. La calentura, á pesar de todo, continuaba en un punto alarmante. Quemaba el pobre viejo. Consultado el doctor, resolvieron de común acuerdo trasladar al providente amigo, á su propia morada, donde Lola podría atenderlo con todo el esmero que merecía por su nunca desmentida afección hacia ellos. Rodeado de precauciones y de cariño, lo instalaron en la alcobita matrimonial, que relucía de limpia. Pasaron á la sala los trastos más indispensables, que se redujeron al lecho común y á la cuna de Rosita, que contemplaba azorada tanto movimiento. El diagnóstico no llegaba á aclararse, pero lo que sí estaba fuera de duda era el fin material de don Pancho. Día á día, empeoraba á ojos vistas el estado del enfermo, y entre si será ó no será, creyeron oportuno administrarle los últimos sacramentos, para asegurar al menos su salud espiritual. El médico no se opuso, era hombre que respetaba la libertad de cultos y acostumbrado á las emociones fuertes: El mismo confesaba estar algo familiarizado con la muerte.

Ejercía desde el 53.....!

El párroco que había bautizado á Rosita, fué el que administró los sacramentos. Preparóse un al-

tar á la ligera, con paños prestados, dos sábanas limpias, algunas flores y una imagen del Salvador, de litografía iluminada, con unas palabras que le salían de la boca y que recogía un ángel, no enteramente aseada á consecuencia de las visitas que le hicieran las moscas; una víbora á los pies de la cruz ejecutaba una cabriola y sacaba la lengua más afuera de lo permitido por la buena educación. Invitóse á algunas vecinas, repartiéndose un cirio por cabeza y á las siete de la noche don Pancho entró en estado de gracia. Llamó á Isaac y con misterio, arrepentido, contrito, hablando difícilmente, le confesó el secreto de toda su vida.

“Soy muy culpable—decía temblando por la fiebre y la proximidad de la muerte—pero nos queríamos tanto; figúrese Ud. que á la madre de Lola la casaron contra su voluntad y ya entonces nos queríamos. Sucedió pues, lo que tenía que suceder... Lola es hija mía. Nunca he tenido el valor de decírselo á Ud.; pero en esta hora solemne, lo considero un deber; me marcharía con un peso en la conciencia á no haberlo dicho; temo que ella al saberlo no me siga queriendo como lo deseo y como lo necesito.”

Y excitado, febricitante, continuó una narración precisa, vehemente, llena de detalles tiernos y apasionados, con mucho de voluptuosa; mezclándose los candores del enamorado con los remordimientos del adulterio.

De vez en cuando, fijaba la vista en una figura

imaginaria á la que sonreía con positiva pasión, volviendo á la carga con mayores bríos, juntando los recuerdos de lo realizado con deseos rezados de lo que no había conocido.

“Por eso nunca me he casado,” y no dejaba que Isaac le respondiera ó lo interrogaba, ansioso de concluir, como el que desea vaciar el contenido de un fardo que lo agobia, deteniéndose con sibaritismo en los pasajes agradables y pasando con disgusto por los tristes, que eran los más, como siempre acontece en las historias de amores contrariados.

Isaac, atribuía tanta verbosidad al delirio precursor de la agonía, creyendo sin embargo, que habría bastante de cierto supuestas las fechas y algunos pormenores dados con una firmeza sorprendente; pero acabó de convencerse de que el juicio de don Pancho estaba firme y completo, cuando le habló de cuestión de intereses. Podrían contar con una friolera, fruto de antiguas economías, que alcanzarían, bien manejadas, al sostenimiento de toda la familia y á la educación de Rosa, que recomendaba con especial afecto.

Era tarde ya, cuando concluyeron la entrevista de la que salió Isaac con aires reservadísimos, encargiendo á Lola que cuidara de don Pancho hasta sus últimos momentos, que no creía muy lejanos.

—Tienes una gran obligación, imprescindible, y que á su tiempo te explicaré. Prodígale palabras dulces y acarícialo mucho, como se lo merece.

Y Lola, obediente y buena, no se separó más del lecho de su protector, adivinándole el pensamiento

y atendiéndolo con la abnegación de una aguerrida hermana de la caridad. Al día siguiente, muy de mañana, se presentó el médico que no se resignaba á la desconsoladora idea de perder su diario, haciendo un gesto formidable al notar los avances de la enfermedad. Tenían que conformarse, pero la cosa era desesperada. No, no había remedio, ni esperanza; estaba casi seguro de que al venir la noche expiraría don Pancho, le admiraba su naturaleza, parecía un roble; cualesquiera otro, con la mitad, hubiera tenido para radicarse en un cementerio. Y molesto por no poder vencer á la Parca que implacable le arrebatava á la gallina de los huevos de oro, salió echando pestes al Ayuntamiento por las idem de las calles; á los propietarios por el poco caso que hacen de la higiene, y á todos los inquilinos del universo por su natural desaseo. Cómo no habían de morir pronto las gentes!

En efecto, á eso de las 8 de la noche, expiró don Pancho sin ansias y sin grandes movimientos, estrechando la mano de Lola y sonriendo á la visión de la única mujer que había idolatrado y que en esas regiones de lo invisible, de fijo estaba esperándolo en el paradero, para conducirlo á puerto seguro de salvación. Separóse de la existencia, sin manifestar aparentemente la tristeza que á todo el mundo causa esa separación.

¡Quién podrá asegurar que en los momentos de la final partida, no se entrevé á las personas queridas!... La verdad fué, que los dos sintieron profundamente la muerte de don Pancho.

Por mucho que se espere un desenlace funesto, siempre sorprende y entristece á su llegada.

Repitióse la noticia en la vecindad á pesar de lo avanzado de la hora, y comenzaron á subir en procesión los del patio, y á acercarse los de los corredores, aguijoneados por esa curiosidad bestial que impulsa á la gente vulgar á cerciorarse por sí misma de la cara que tienen los muertos.

Sacaron á Lola de la habitación, mientras Isaac ayudado por un acomedido, vestía de negro el cuerpo de don Pancho, después de lo cual, lo colocaron sobre una mesa cerca de la ventana, cubriéndole el rostro con un pañuelo que se hundía en los ojos y dejaba adivinar la nariz y la barba. Muchos se ofrecieron á hacerles compañía, pero Isaac rehusó, diciendo que él y Lola estaban decididos á velar. Y empezó el desfile, hablando bajo y mirando de soslayo al cadáver, como desconfiando de su inmovilidad y de su aspecto inofensivo. Cuatro cirios, sobrantes de la noche de los sacramentos fueron los destinados á dar la guardia nocturna con su amarillenta luz. Lola estaba hecha un mar de lágrimas; Isaac le había comunicado la grave noticia de su inmoral paternidad y la impresión causada era de ternura sin límites. Parecía que á fuerza de llanto quería limpiar el honor de sus antecesores. En vano Isaac trataba de calmarla ella se sentía poseída de un respeto extraordinario á quien por tantos años estuvo de padre incógnito. Poco á poco vinieron los sollozos á ocupar el lugar de las lágrimas, y esa mortificación que se experimenta